

TRASQUILA

¿Y LA IZQUIERDA?

Héctor Castillo Juárez

El triunfo de Lázaro Cárdenas Batel en Michoacán el pasado domingo vino a traerle oxígeno al cachorro del PRI, el Partido de la Revolución Democrática. En los hechos, esta victoria consolida al cardenismo como la corriente más importante (si no es que la única) del PRD, tanto si se observa hacia el pasado como hacia lo que será el futuro del partido. Es un triunfo más de la familia Cárdenas que desde 1988 supo imponer al entonces nuevo partido político, como principal objetivo político, la restauración del fraude que llevó a Salinas a usurpar el poder: regresar a Cuauhtémoc Cárdenas la Presidencia arrebatada.

Con ese proyecto de restauración en mente, el PRD se fue alejando poco a poco de las demandas más apremiantes de la izquierda: la lucha por una mejor distribución de la riqueza y por una mayor justicia social. Se hizo a un lado la tarea de construir una propuesta inteligente de desarrollo sustentable que pudiera insertarse en el mundo actual. En las entidades del país en que los perredistas fueron gobernando la lucha se centró, en cambio, en la conquista de espacios de poder: alcaldías, diputaciones, presidencias municipales, senadurías y gubernaturas. Y prevaleció cada vez más en el PRD la visión del PRI cardenista que gobernó Michoacán en tres ocasiones. El discurso de Andrés Manuel, por ejemplo, difiere muy poco del de Luis Echeverría. Los dos hablan a nombre de los pobres y prevalece en ambos una visión asistencialista y populista, que reproduce la pobreza.

Sin duda para muchos de los hombres y mujeres de centro izquierda el triunfo del verdadero nuevo PRI, con Lázaro a la cabeza, representa un triunfo de la centro izquierda. Corresponde a una victoria relativa, cuando no pírrica para la izquierda en su conjunto, porque el fortalecimiento de esta corriente neopriísta le dificultará al PRD su refundación como un partido de izquierda moderno y democrático. Para nadie es desconocido que la crítica abierta a la hegemonía y al caudillismo del ingeniero Cárdenas ha sido desde siempre, para grandes sectores de ese partido, una especie de blasfemia. La autocrítica no es tampoco, no ha sido nunca, una de sus virtudes. Y el México que proponen sus hinchas para el nuevo milenio, tiene como sustento el México que construyera el mejor presidente que quizás hayamos tenido: el general Lázaro Cárdenas. Pero el México de 1938 es muy distinto al de hoy. Aspirar ahora al México de hace sesenta años es poner los ojos en la nuca. No puede ser, como cree el nieto del general, una visión moderna y mucho menos democrática. Recordemos que las grandes corporaciones como la CNC, la CTM, y la CNOP que dieron sustento al PRI surgieron en el gobierno del general.

Sin duda que tener el mismo nombre del abuelo y el respaldo de su padre son las principales *razones* que condujeron a Lázaro a la gubernatura. Reconocerlo al

menos sería una manera de deslindarse de ese pasado priísta y de esa práctica nepotista que le benefició y que tanto daño le ha hecho a este país. ¿O alguien duda que los “tres sectores” del PRD “votarán” en su momento para que Lázaro (o Cuauhtémoc) sea el candidato a la presidencia en el 2006 y en el 2012?

Cabe replantearse: ¿Es acaso el cardenismo populista la alternativa política de la izquierda democrática del México del nuevo milenio? ¿Dónde quedó el proyecto de centro izquierda por el que tantos hombres y mujeres entregaron sus vidas? ¿Es esa la centro izquierda que México necesita? ¿Dónde quedaron las voces de personajes como Luis Villoro y Carlos Fuentes? ¿Qué opina el Subcomandante Marcos de este neopriísmo? ¿Cómo fue que la izquierda incubó el huevo del dinosaurio? ¿Quién ganó con el triunfo de Lázaro el domingo? O para acabar pronto: ¿Qué le pasó a la izquierda?

Para la revista quehacer Político del 17 de noviembre de 2001.

Comentarios a: trasquila@hectorcastillo.org